

rrera no se realizaron nunca: su idealismo generoso, pero intemperante, le llevó á estrellarse mil veces en la prosa: su vida resultó una novela sin sentido, y cuando una bala perdida le mató en las calles de París, hasta en el azar de esta muerte sangrienta, pero sin gloria, pareció visible la misma ironía trágica que le había perseguido siempre (1).

Y ahora ya es tiempo de volver los ojos á Caracas, que por los años de 1842 á 1848, según expresión del notable escritor colombiano Camacho Roldán, «merecía el nombre de la Atenas de América». «Allí se reimprimían ávidamente las más notables producciones de la

(1) Nació García de Quevedo en Coro el año de 1819, y se educó en Puerto Rico desde la edad de seis años. Continuó sus estudios en Francia y en España, y luego emprendió largos viajes, no sólo por el continente europeo, sino por Asia y América. Fué ciudadano español siempre, y sirvió con lucimiento, primero en la Guardia Real, y después en la diplomacia. Entre los diversos *lances de honor* de su vida, es célebre el que en 1855 tuvo con Alarcón, que entonces redactaba *El látigo*. García de Quevedo se distinguió por lo fervoroso de sus sentimientos monárquicos y por su adhesión personal á la reina D.^a Isabel. Murió en París el 6 de Junio de 1871, á consecuencia de un balazo que recibió al pasar por una de las barricadas en los días de la *Commune*.

Sus *Obras poéticas y literarias* están reunidas en dos tomos de la colección de Baudry (París, 1863). El primero contiene todos los poemas que en el texto se citan, y además *La Caverna del Diablo* (leyenda fantástica), *Tisaferna* (monólogo en prosa), *Pensamientos* (también en prosa) y muchas poesías líricas, entre ellas algunas versiones de Filicaia, Manzoni y Byron, y una coleccioncita de poesías chinas traducidas del francés.

El segundo tomo comprende sus obras dramáticas, á saber: *Nobleza contra nobleza*, *Un paje y un caballero*, *Don Bernardo de Cabrera*, *Isabel de Médicis*, *La Huérfana*, *El Candiota*, *Patria y Amor en porfia* (imitación, en verso, de Alicia, de Octavio Feuillet, leyenda dramática, arreglada después á nuestra escena por D. Mariano Catalina), *Coriolano*, *El Juicio público*, *Contrastes* (en colaboración con el Marqués de Auñón, hoy Duque de Rivas), *Tinieblas y luz*, *Treinta mil duros de renta*, y finalmente, cuatro novelas cortas y otros opusculos en prosa.

literatura española contemporánea y traducciones de la francesa». Puede decirse que el romanticismo hizo simultáneamente su entrada en América por Venezuela y por Buenos Aires. De Venezuela pasó á Nueva Granada, y de Buenos Aires á Chile.

Dos poetas venezolanos personifican especialmente este movimiento: Abigáil Lozano y José Antonio Maitín. Uno y otro han disfrutado en América grandísima popularidad, la cual en parte dura todavía; pero sus méritos distan mucho de ser iguales ni equivalentes.

Abigáil Lozano (que era varón, á pesar de su nombre femenino), es, sin duda, uno de los más huecos y desatinados poetas que en ninguna parte pueden encontrarse. Sus composiciones son un conjunto de palabras sonoras, que halagan por un momento el oído y dejan vacío de toda forma el entendimiento. Para él la poesía no era más que el arte de hacer versos rimbombantes y estrepitosos. Se leen sus odas á Bolívar, y nada se encuentra que no pueda aplicarse por igual á cualquier otro héroe ó á cualquier otro asunto, porque el autor no concreta ni determina nada. Sólo sacamos en limpio que la deidad tutelar de las montañas americanas colgó de las ramas de una palmera una inmensa campana de metal, y que á su primer tañido fulguró en los horizontes un letrero que decía *Libertador*. En otros versos todavía más absurdos, compara á Bolívar con Jehová, que sacó los mundos de la nada, y vuelve al consabido letrero:

Pasó mi edad de niño, mas luego me hice hombre:
Vi en un salón suntuoso la forma de un varón:
Ávida la pupila buscó á sus pies el nombre,
Y sorprendida el alma delectó: *Simón*.
¡Él es!.... *aletargados mis labios pronunciaron,*
¡Él es!.... en sus contornos el eco remedió:

Trémulas mis rodillas de hinojos se postraron:

¡Él es!... convulso el labio de nuevo repitió.

Tú fuistes ese hombre, magnético dibujo,

Colgado por adorno sin voz en la pared!

Tú fuiste el rayo ardiente que el Avila produjo,

Que atosigó de Iberia la sanguinaria sed.

.....

Washington y otros héroes atletas que lidiaron

Son átomos tan sólo que giran junto á ti;

Los Alpes un coloso sobre su cima alzaron;

Mas yo sobre los Andes más grande que él te vi.

.....

Parece imposible amontonar mayor número de disparates; y, sin embargo, esto pasó por modelo de lirismo y de libertad de inspiración, y Abigáil Lozano, que no tenía más condiciones que las de versificador rotundo, aunque monótono, inundó la América del Sur de alejandrinos calcados sobre el patrón de las *Nubes* de Zorrilla, y tuvo una plaga de imitadores; hasta que vino á arrancarle la palma el montañés Fernando Velarde con los bloques graníticos de su *Canto á la cordillera de los Andes*, capaz de dejar afónico á un recitador de pulmones de hierro.

De todos los poetas del romanticismo español, el predilecto de los americanos fué Zorrilla, que por muchos aspectos era el que menos convenía para maestro de la poesía de un Mundo Nuevo. Pero como no podían imitarle en lo épico, donde está su verdadera grandeza, le imitaban en lo lírico, donde Zorrilla es no sólo desaliñado, sino muchas veces incoherente, y casi siempre exterior y superficial, disimulando con el lujo asiático de la versificación la penuria de ideas y emociones. Concretado el zorrillismo americano á la reproducción de esta parte más endeble de la obra del maestro, hubo de exa-

gerar naturalmente los vicios de su estilo, y Abigáil Lozano fué la caricatura venezolana de Zorrilla. Poeta sin gusto, sin estudios, pero de muy buen oído y de cierta fantasía que pudiéramos decir *pirotécnica* ó de farol de iluminaciones, fué uno de los grandes corruptores del gusto en América; y la tolerancia que hasta críticos muy estimables, fascinados por el número y sonoridad de sus rimas, tuvieron con él, contribuyó á acrecentar el daño, haciendo incurables sus resabios. Con mejor escuela y dirección, algo más hubiera valido el que á veces encontraba versos tan suaves y delicados como éstos de su poesía *A la Noche*:

Huyó la luz.... Las sílfides nocturnas

Rápidas cruzan el dormido viento,

Y vierten sobre el mundo soñoliento

El opio blando de sus negras urnas.

En los alejandrinos, que eran su especialidad, de la cual abusó por lo mismo, acierta muchas veces con la factura elegante y graciosa:

¡Cuán bellas son tus aguas azules y dormidas,

Tus islas solitarias, tu calma perenal,

Y tus garcetas blancas, que habitan escondidas

Sus olvidados nidos pintados de coral!

.....

¡Acaso un Dios marino visita en la alta noche

Tu alcázar incrustrado de concha y caracol,

Y tiran los delfines su misterioso coche,

Que se hunde entre las aguas al asomar el sol!

..... (1)

(1) Nació D. Abigáil Lozano en Valencia de Venezuela el 25 de Mayo de 1821. Empezó á publicar sus versos por los años de 1843 en *El Venezolano* de Caracas. Figuró en el partido conservador de su país, siendo varias veces Diputado y Cónsul de Venezuela en París. Murió en Nueva York en Julio de 1866.

Don José Antonio Maitín fué poeta muy diverso de Abigáil Lozano, y sin duda el mejor de la escuela romántica de su país. No está exento del pecado de zorillismo, pero aun esta imitación es en él más racional que en Abigáil. Por otra parte, bien se le pueden perdonar los insulsos cuentos ó leyendas de *La Máscara* y de *El Sereno*, y el hinchadísimo paralelo de Bolívar con Alejandro, César y Napoleón, en gracia de sus composiciones de sentimiento, en que no imita á nadie, y en que, dejándose llevar de su índole tierna y afectuosa, rivaliza muchas veces con Milanés, y otras le vence. Su vida modesta y apacible, pasada en gran parte en el delicioso valle del *Choroní*, entre pájaros y flores, se refleja fielmente en el manso raudal de sus composiciones, que parecen nacidas sin esfuerzo: tal es su claridad y limpieza. El poeta acierta, sin embargo, á mantenerse en la línea que separa lo natural y sencillo de lo trivial y prosaico: rara vez cae en amaneramiento sentimental, y en medio de su llaneza de estilo y de la poca ó ninguna novedad de los pensamientos, conserva el inefable aroma del sentimiento poético:

¿Qué nos importa vivir
Si, aunque cien años contemos,
Se tocan en los extremos
El nacer con el morir?
¿De qué vale un año más
De existencia pasajera,
Si es la vida una carrera
Más inquieta que fugaz?
.....
¿De qué vale que tu luz
Mi vista ansiosa deslumbre,
Si al fin es fuerza que alumbre
Un sepulcro y una cruz?
.....

Vendrá el día en que renuncie
Á esta gran naturaleza,
Á su pompa, á su belleza,
Y mi último adiós pronuncie.

.....
En vano entonces la tierra
Brotará plantas y flores:
No más veré los primores
Que ella en sus senos encierra.
En vano soberbio el mar
Ostentará su presencia:
No más desde una eminencia
Yo lo podré contemplar.

.....
En vano levantará
Su blando arrullo la fuente;
Que su murmurio inocente
Para mi no sonará.

Ni habrá un eco en el oído,
Ni para el pecho habrá amores,
Para la vista colores,
Ni placer para el sentido.

Entonces, luna, del cielo
Emperatriz y señora,
Benigna dispensadora
De la calma y del consuelo;

Entonces tú seguirás
En tu marcha misteriosa,
Y mi tumba silenciosa,
Blanca luna, alumbrarás.

Á un grande infortunio doméstico debió Maitín sus mejores inspiraciones. *El Canto fúnebre*, consagrado á la memoria de su mujer, y que no es en rigor tal canto, en la acepción tradicional, sino una serie de diez y seis composiciones líricas enlazadas entre sí por un mismo estado de sentimiento, abunda en bellezas de una especie de poesía íntima y familiar, que entonces era nueva en la literatura castellana, y que luego ha producido maravillas, siendo no pequeño honor para Maitín

el haber sido de los primeros en descubrir esta vena. La poesía de los afectos domésticos, entendida con el profundo realismo con que la han entendido los ingleses, ó con la ternura varonil (si vale la expresión) con que la vemos en el gran elegiaco de las *Contemplaciones*, no cuadraba á la índole blanda y femenina del ingenio de Maitín; pero también él tuvo el don de las lágrimas y supo arrancarlas á sus lectores (1). Escribió para dar expansión á un gran dolor de su alma y no para levantar figura. Ni siquiera rehuye los pormenores que parecen más caseros; y el *lecho en desorden, la tela aun no bien fría, la muda labor abandonada*

Caliente todavía
Con la presión reciente de su mano;

contribuyen á la verdadera y honda emoción que produce el conjunto.

Indicaremos algo sobre los demás poetas venezolanos que en esta colección figuran. Don Fermín Toro, orador, poeta, naturalista y por todos conceptos uno de los hombres más notables de la República (1807-1873), es

(1) Nació Maitín en Puerto-Cabello, el 21 de Octubre de 1804. Á consecuencia de los sucesos de la guerra, hubo de pasar á la Habana, donde recibió educación. Allí conoció al literato colombiano D. José Fernández Madrid, que andando el tiempo le hizo entrar al servicio de su república. Fué Secretario de la Legación de Colombia en Londres. Pero el amor á la tierra natal y al retiro le hizo abandonar en 1834 la vida diplomática. Desde entonces vivió casi constantemente en el pintoresco pueblecillo de Choroni, donde compuso la mayor parte de sus versos. Falleció en 1874. En 1835 y 1836 había escrito dos tragedias clásicas, que no tuvieron éxito. La lectura de los versos de Zorrilla le hizo cambiar de rumbo desde 1841. En 1851 publicó en Caracas la colección de sus versos. *Obras Poéticas de José A. Maitín. Comprende.... las obras publicadas por el autor en diversas épocas y algunas otras piezas inéditas.*

autor de una poesía deliciosa y verdaderamente etérea *A la ninfa de Anauco*. Los demás versos que he visto de él no valen tanto, ni con mucho, pero en todos hay rasgos de talento y lujo de dicción. Se atrevió á cantar la Zona Tórrida después de Bello, haciendo estudio de no encontrarse con él. Sus tendencias eran clásicas, como lo prueba el *Canto á la Conquista*. Citase como la más importante de sus obras el poema *Hecatonfonía*, que no llegó á terminar. Sólo hemos visto un notable fragmento consagrado á las antigüedades americanas.

Fueron también poetas, más ó menos clásicos, D. Luis Alejandro Blanco, D. Juan Vicente González, D. Cecilio Acosta y D. Jesús María Morales Marcano. González, hombre de estupenda memoria y excéntrico carácter, fué más celebrado como maestro y educador, como preceptista y como escritor polémico, que como poeta. Tienen merito, no obstante, sus versos políticos, por ejemplo, los titulados *Amor y paz*, en cuya versificación se notan reminiscencias de los poetas italianos. También D. Cecilio Acosta, varón excelente y venerable cuanto desgraciado (1819-1881), escribió más en prosa que en verso, aunque sus condiciones eran más de poeta que de prosista. En prosa y en verso fué dechado de corrección y pulcritud; pero en sus artículos y discursos pecaba un tanto de verboso y redundante, complaciase demasiadamente en el rodeo de las palabras, y era de los hablistas que parece que se escuchan. Nada de estos defectos ó muy poco, hay en sus versos, intachables de forma, purísimos de pensamiento, delicados y patriarcales. *La Casita blanca, La Gota del rocío, El Véspero*, me parecen tres joyas. El diplomático y ministro Morales Marcano (1830-1888) dejó inédita una traducción de

Horacio, de que se han publicado algunas muestras, que si no están libres de algún reparo en lo tocante á la inteligencia del texto, prueban sólidos estudios de humanidades y méritos relevantes de versificador acrisolado y numeroso.

En la poesía ligera y en la sátira política han dejado fama el donoso improvisador D. Rafael Arvelo, que llegó á Presidente de la República, y el humanista don Jesús María Sistiaga (1823-1889), autor de ingeniosas fábulas y cuadros de costumbres, como *La Vida en Río Chico*, *Una corrida de toros*, etc. La gracia de estos poetas, por tan local, pierde algo al pasar á Europa.

Después de Maitín y Toro, los poetas venezolanos que han adquirido mayor celebridad (excluyendo los que aun viven) son D. Eloy Escobar, D. José Ramos Yépez y D. Francisco G. Pardo. Escobar (1824-1889) se distinguió principalmente en el género elegiaco, unas veces con las formas clásicas y otras con metros y estilo que recuerdan á nuestro malogrado Aguilera. Don José Ramos Yépez (1), bizarro general de marina, gran patriota, honra de Maracaibo, dejó, además de dos leyendas en prosa poética (*Anaida é Iguaraya*), gran número de versos, que muestran su aptitud para muy diversos géneros, desde la meditación filosófica y el epitalamio clásico, hasta el devoto y popular villancico. *La Ramilletera* es una de sus más agradables composiciones. Don Francisco G. Pardo (1829-1872) fué versifica-

(1) Supongo que su verdadero apellido sería *Yepes*, alterado por la pronunciación americana. Nació en 1822 en Maracaibo, y por un fatal accidente se ahogó en aquel lago el 22 de Agosto de 1881.

dor gallardo y robusto, aunque un tanto viciado por los hábitos de la falsa y aparatosa poesía de certamen. *El Porvenir de América*, *La Libertad* y otras odas suyas pertenecen á este género. Más sinceridad y más ímpetu lírico hay en la oda á Méjico después del fusilamiento de Maximiliano; y mucha gala y esplendidez de dicción en las octavas que sirven de prelude á un poema que dejó inédito sobre Caracas: octavas que, por otra parte, son un remedo harto patente de las de Zorrilla en la introducción á los *Cantos del Trovador*.

De todo lo expuesto puede inferirse, no sólo la abundancia de la cosecha poética en Venezuela, sino la variedad de rumbos que ha tomado la inspiración de sus cantores. Allí, aunque en menor grado y con disciplina menos severa que en Nueva Granada, se han conservado tradiciones de buen gusto, que resistieron á la avenida romántica y que hoy mismo hacen reverdecer los lauros de Bello y de Baralt en la frente de un suave poeta místico, de origen italiano, tan digno de loa por la elegante sencillez de sus versos, como por la pureza de vida espiritual que en ellos se manifiesta. Siguiendo dirección totalmente opuesta, un ingenio germánico por las ideas y la educación, aunque meridional por lo impetuoso de los afectos, víctima dolorosa de las contradicciones intelectuales de nuestro siglo, dió cuerpo y voz en su poesía elocuente y sincera al fervoroso anhelo del ideal y á la negación pesimista, que alternativamente invadían su alma atormentada y caliginosa. Y no sólo fué poeta original, sino profundamente versado en la lengua alemana: trasladó á nuestra lengua todo el *Buch der Lieder*, de Enrique Heine, invirtiendo muchos años en dar á su traducción el mayor grado de exactitud posi-

ble, y llegando á remedar á veces el metro, la rima, la disposición de las estrofas y hasta la colocación de los acentos. Llamóse J. A. Pérez Bonalde: fué amigo mío: me honró en 1885 con la dedicatoria de su mejor trabajo literario: hoy no sé si pertenece al mundo de los vivos. Por dos distintos caminos ha llegado á mí la noticia de su muerte, pero no de un modo tan autorizado que no deje algún resquicio á la duda. Por eso me he abstenido de insertar en esta edición versos suyos y de consagrarles el detenido estudio que por su valor intrínseco y su especial carácter reclaman. Mi amistad espera y desea que el triste rumor no se confirme, y que Pérez Bonalde pueda todavía leer su nombre en estas líneas, expresión fiel del aprecio en que siempre tuve su ingenio y su nativa bondad, deplorando su amarga filosofía.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

ISLA DE CUBA.